



# Azúcar y amargura en La Habana

ramiro  
escobar

Periodista

**L**a Habana, octubre del 2004, año 45 de la Revolución. Sin querer queriendo, he llegado a esta legendaria ciudad caribeña cuando atraviesa un trance histórico muy peculiar. La semana pasada, durante una ceremonia en la ciudad de Santa Clara, el presidente Fidel Castro trastabilló y cayó sobre el pavimento; como resultado del accidente, su rótula izquierda se rompió en ocho pedazos.

También el brazo pagó las consecuencias de la caída: su húmero derecho sufrió una fisura, lo que no impide que este lunes por la noche, a pesar del apagón que nos envuelve, el mismo Comandante explique, cabestrillo en brazo, las medidas que ha dispuesto para restringir próximamente la circulación del dólar. Por la radio a pilas se escucha su voz apagada pero empeñosa, su

mismo acento profuso, verboso, legendario.

## Una rubia desilusión

Anoche, ya desde el *airbus* de Copa, se podía sentir el aire transido de la capital cubana. Los edificios, tan bellos como pelados y vetustos, exhalaban una modestia que no parecía de este mundo. La ciudad no lanzaba al aire ni un aviso luminoso, ni un cartel que llevara

directo y sin escalas al *glamour* o la comodidad. Los cielos de La Habana no conocen al gran capital.

En el aeropuerto José Martí apenas se veían algunos avisos de cerveza Cristal (cubana, por supuesto) y del incontrastable Havana Ron. Tras el puntilloso control aduanero, sin embargo, irrumpió en mi itinerario la primera gran contradicción: desde la modesta caseta del Banco del Estado, una mulata bien proporcionada y uniformada se negó a venderme pesos cubanos.

—No los va a necesitar, señor —me dijo con marcado acento revolucionario—. Se puede mover perfectamente con dólares.

¿Con dólares en esta tierra donde no hay una triste Pepsi Cola a la vista? A partir de ese momento, una serie de acontecimientos se encargaron de demostrarme los vaivenes del socialismo, las paradojas financieras de la gesta de 1959. El primero de ellos aconteció a pocos metros de mi carrito lleno de maletas (cuyo alquiler me costó un dólar de los verdes).

Madairis, una rubia esplendorosa originaria de Cienfuegos (centro de la isla), con quien anduve conversando en el avión y las salas de espera, sucumbía ante la severidad antiimperialista de los agentes de aduana. Venía de Santiago de Chile, tras cuatro años de autoexilio exitoso como modelo, pero su cargamento de regalos fue expropiado sin dudas, medida ni clemencia.

La vi llorar a través de una vitrina, cuando se despedía de mí pero sobre todo del equipo de VHS que pretendía llevar a la casa de

su madre. En ese momento sus lágrimas me parecieron exageradas, histriónicas; pronto, sin embargo, comprendí que la vida del cubano medio, de a pie, se juega a veces en esas pequeñas tragedias que no expresan la pobreza pero sí la necesidad.

### Casi, casi

Una llamada de seis minutos a Lima u otros países del vecindario: 10 dólares. Una hora de internet en el Centro Internacional de Prensa: 6 dólares. Un almuerzo, digamos, respetable: 10 dólares. Una langosta caribeña en El Vedado, zona residencial de La Habana: 14 dólares. La misma langosta de oferta en Varadero, con cerveza Bucanero incluida: 12 dólares y unos centavos.

*La parte más triste de esa avanzada en busca de la divisa perdida son ciertas mujeres, deslumbrantes y contoneantes, acogedoras y hasta cultas, pero inevitablemente interesadas en que uno, una vez preso de irremediable pasión caribe, suelte varios dólares.*

Un helado en el Copelia, famosa y deliciosa heladería habanera: 3 pesos. Un "arroz con pollo" (patético símil de nuestra incontrastable delicia criolla): 18

pesos. Un taxi en un Chevrolet de 1950 y algo: 10 pesos. Un pasaje en *guagua* (bus): 25 centavos de peso. Un ejemplar de *Juventud Rebelde*, combativo diario de los muchachos del Partido Comunista: solo 20 centavos.

Sueldo cubano promedio: 250 pesos (algunos afortunados llegan a ganar hasta 900 pesos). Pesos por dólar: a octubre del 2004, entre 25 y 26. La tentación de hacer una ecuación fácil (por ejemplo, que un cubano gana apenas 10 dólares al mes) es grande, pero el asunto es más complejo de lo que parece: una persona puede, casi, vivir de su sueldo cubano sin problemas.

Ante los ojos de un visitante, sin embargo, aparece una realidad clamorosa: hay un mundo en pesos, austero, con las necesidades básicas casi cubiertas; a su lado prolifera un mundo en dólares, más cómodo, inventado para los ávidos turistas, escurridizo para la mayoría de cubanos y, casi, feliz. Los dos mundos se tocan, se abrazan, bailan son y hasta bolero, pero nunca se casan.

Con su "libreta de abastecimiento" y su sueldo, una familia de tres personas (papá, mamá, niño) puede pasarla y vivir sin neurosis de renta, algo casi fantástico en cualquier rincón de América Latina. El reparto gratuito de ocho huevos por persona, libras de arroz y jazúcar!, así como de pollo y frejoles (o *hot dog*) constituye una utopía casi hecha realidad en esta isla tan singular.

### Por unos dólares más...

Pero solo casi. Cuando un



cubano quiere salir de la vida militante, sacudirse del polvo añejo de la Revolución, el boleto de entrada es en dólares. Dólares para soñar con un carro o un VHS, como la bella y pobre Madairis, pero también para cosas más justas y necesarias: un perfume decente, una buena pasta de dientes y hasta las medicinas que el Estado bloqueado no puede ofrecer.

Como ni Fidel ni George W. Bush —ni sus nueve antecesores en la Casa Blanca— han podido evitar el ingreso de dólares en Cuba, la divisa verde circula desde 1993 y sirve para que los turistas se vacilen, pero también para que los cubanos vivan algunos trances capitalistas. En el camino se inventó el peso convertible o "chavito", una imitación ingeniosa de la moneda norteamericana.

Un "chavito" vale igual que un dólar, pero *no* es el dólar. Lo fabrica el Estado cubano, zurrándose en el mal humor de Washington, y es tan real que sobrevivirá a la disposición

anunciada por el Comandante, según la cual, antes de fin de año, estará prohibido el billete verde (los "chavitos", consecuencia con la Revolución, son medio anaranjados o rojizos, no verdes).

Aun así, el foso que separa la vida en pesos y la vida en dólares es grande; en ocasiones, dramático. La divisa *gringa* es querida a los turistas en las calles, en los bares, en los hoteles, en los parques, en las discotecas, en las playas. Un extranjero tiene que tenerlos, por necesidad de gasto y por exigencia revolucionaria, y un(a) cubano(a) los necesita, a gritos o susurros...

—Hey, amigo, chico...

—¿Sí?

—¿Usted es cubano?

—No...

—Mire, *coño*, que soy estudiante de la Universidad de La Habana y necesito comprarme un libro de Sigmund Freud. Présteme 50 pesos. ¿Sabe cuánto son 50 pesos?

—Disculpe, voy para mi hotel...

—Gracias, que Dios le bendiga...

### Tentaciones caribeñas

El asedio en busca del dólar esquivo es constante, en ocasiones simpático, pero a veces sofocante. La parte más triste de esa avanzada en busca de la divisa perdida son ciertas mujeres, deslumbrantes y contoneantes, acogedoras y hasta cultas, pero inevitablemente interesadas en que uno, una vez preso de irremediable pasión caribe, suelte varios dólares.

La leyenda, o el eufemismo, las llama "jineteras", por aquello de que no son exactamente prostitutas, sino jóvenes, o adultas, en busca de cubrir sus necesidades: dar leche a sus hijos (más del litro diario que les asigna la Revolución), o llevar más dinero a la casa. Sea como fuere, lo cierto es que son ineludibles y encuentran decenas de argumentos para la seducción.

Cary lo hizo contándome que trabajaba en una Casa de Arte en

el Barrio Chino, adonde me pidió que la fuera a buscar, "solo para conversar"; Leslie me llamó a su mesa, apenas entraba al Jazz Café, para relatarme los avatares de su trabajo en la peluquería de un gran hotel; Yaima me abordó en los pasillos del hotel Nacional, mientras, solitario, observaba el malecón habanero.

¿Fui mal pensado con ellas? Para pena del *Che* o de Camilo Cienfuegos, no. Todas ellas, y otras más, terminaron su azucarada conversa con una insinuación clara, sin nubes caribeñas. En un bar de La Habana Vieja, a donde Felipe —un peruano-español compañero de aventuras— y yo fuimos llevados por un afanoso guía que apareció de repente, una joven preguntó: "¿No quieres zingar?".

Aunque mis amigas hasta ahora no lo crean, mis labios y mis adentros dijeron "Noooo". No porque no existiera la tentación, ni porque el arzobispo de La Habana me fuera a excomulgar. En medio de esas calles hermosas e históricas, de donde los barbudos de Sierra Maestra desalojaron a mafiosos y proxenetas, esta fácil sensualidad se me apareció como una pérfida ocurrencia.

### La pregunta del *Che*

Al lado de estas zonas oscuras del sistema sobreviven los logros más dignos de la Revolución. Los niños de la calle simplemente no existen, no pululan entre los carros para limpiar las lunas ni se duermen en los cajeros electrónicos, que casi no existen en esta austera ciudad. La salud es gratuita y no es mortal, aun cuando a veces

haya que comprar medicamentos en dólares.

La televisión, a pesar de que sus informativos son aburridísimos, no sabe de Lauras Bozzos ni Magalys Medinas; se esfuerza por ser educativa y no conoce la imbecilidad. Los libros, si uno logra tomar por asalto una librería para cubanos, tienen precios de risa para un continente secuestrado por el costo del papel. La comida no tiene, para nada, el sabor del son, pero nunca, jamás, falta.

*Los libros, si uno logra tomar por asalto una librería para cubanos, tienen precios de risa para un continente secuestrado por el costo del papel. La comida no tiene, para nada, el sabor del son, pero nunca, jamás, falta.*

Y la música... El bolero, el son, la salsa y el guaguancó han sobrevivido a todas las barbas y bloqueos. Avanzan por la ciudad incluso desde el mediodía, cuando algunos habaneros se sientan a pasar la vida en el malecón; suben por la tarde hacia algunos locales ya abiertos y movidos; al caer la noche estallan en cabarets del más diverso tamaño, en recintos de tabaco, magia y ron.

En la Iglesia de San Francisco, además, al inicio del Coloquio Internacional José Martí, Por una

Cultura de la Naturaleza, la Fundación Antonio Núñez Jiménez nos regaló una inolvidable bienvenida: un concierto filarmónico que comenzó con Chopin y terminó a ritmo de son, con violines y violas que se entregaban sin piedad al frenesí de la incomparable azúcar cubana.

¿Quién entiende esta tierra sabrosa y contradictoria? ¿Es posible juzgarla con la frialdad de un financista o el entusiasmo infantil de un viejo revolucionario? Miro el rostro inmenso del *Che* Guevara en la apoteósica Plaza de la Revolución y no encuentro respuesta en su mirada. Parece parco, silencioso, como si estuviera sumido en una enorme interrogación sin boina.

### La playa y el socialismo

Varadero, noviembre del 2004, al atardecer. El mar turquesa juega, sosegado, con la arena blanca e interminable. Es otoño y el sol ya no despelleja como en verano; algunos viandantes chapotean en el agua, cual niñitos que vuelven al mar y a sus orígenes. Cerca se levantan decenas de hoteles lujosos, contrarrevolucionarios si se quiere, pero exitosos y divertidos.

Al frente de uno de ellos, la oficina del Estado reza, con ironía: "Seguimos construyendo el socialismo". Una amiga periodista me dice que no lo cuente, que mejor hable de lo bueno, para poder volver sin problemas. Pero no puedo. Mi libertad no se juega en estas olas, ni en estos casinos; tampoco creo que el futuro de Cuba consista en esconder la simple condición humana. ■